

SACRIFICIO

ESPECULACIONES EN LOS LÍMITES

Fernando Carbonell

Escritor

RESUMEN

Desde la definición general de «sacrificio» de dar muerte lícita a un ser vivo, se hace una aplicación comparada de dimensiones y conceptos entre: el sacrificio clásico griego de Ifigenia, el bíblico de Abraham, y el de la fiesta taurina.

La base es *Temor y temblor*, de Kierkegaard, que desarrolla el análisis de los dos primeros. A esta se remite continuamente el estudio aquí resumido.

Esta base señala en esos sacrificios tres tipos de pensamientos muy diferen-

tes: el pensamiento ético, que resuelve el de Ifigenia; el pensamiento estético, que interviene, con diferentes funciones, en los tres; y el pensamiento de la fe, propio del de Abraham, y, quizá, también esté en el taurino.

Inicial y finalmente se plantea la presencia de esos tres pensamientos aquí, en el propio estudio, calificado de «especulaciones en los límites». Pues trata de los límites del mundo, de la vida y del lenguaje, como son los de la muerte.

¡Sí, vaya palabra...! SACRIFICIO. Literalmente, Sagrada Acción. Y lo sagrado es lo que pertenece a la trascendencia, a más allá de los límites de este mundo y de esta vida. A más allá de la ley.

De las leyes. Simplificando mucho, es el ofrecimiento, o donación, de algo a Dios, o a los dioses... o a los diablos, o a cualesquiera seres que gobiernen la trascendencia. La donación de algo, al cielo, o al infierno.

En las religiones, quizá fueran los sacrificios las oraciones primeras. Y, teniendo en cuenta que es la muerte la más señalada puerta al más

allá, los sacrificios principales, o exclusivos, consistían en dar muerte, a lo ofrecido... víctima y don. Puerta, al más allá... a los dioses, a los diablos, etc. Y a los muertos.

Pero aquí lo entenderemos en los sentidos más generales y abstractos que podamos: Sacrificio será cualquier acción hecha frente a, o que pretende ser relacionada con, «tocar» de alguna manera, medirse, respecto a... lo trascendente. Lo más allá. Lo más allá de los límites. De la muerte. O, al menos, medirse en, respecto a... los límites mismos. La muerte.

Pienso que ese sentido general, sin contenido religioso, pero con su inclusión de la muerte, es el que emplea el uso común y extendido, al referirse con esa palabra, «sacrificio», a: darle muerte a cualquier animal de forma lícita, de acuerdo con las leyes, y con motivos o razones (quizá asimismo sagrados) suficientes.

Acogiéndome a la autoridad de ese uso común, general y laico, usé ese término encabezando unas reflexiones sobre la fiesta de los toros. Que esta es, según esas reflexiones, un tipo especial de sacrificio.

A su lectura, me respondió el agudo aficionado y pensador de esa fiesta Evaristo Bellotti, planteándome una comparación, y medición, de la misma: Me planteaba la idea, por un lado, de sacrificio en el Génesis, y en concreto el sacrificio de Abraham; y la idea, por otro lado, del sacrificio griego, tal como el de, por ejemplo, Agamenón, el sacrificio de Ifigenia. Comparación y medida que trae a colación y analiza de forma original y profunda Soren Kierkegaard en sus especulaciones *Temor y temblor*. Que por ello Evaristo me recomendaba tenerlas en cuenta.

Para Kierkegaard, pues, el sacrificio de Abraham es, y define, un tipo de pensamiento: la fe. En torno a él, el escritor danés sitúa otros tipos de pensamientos, cercanos. Especialmente, el ético y el estético.

Digamos ahora, brevísima, esquemáticamente, en qué consistió el sacrificio de Abraham:

Dios el Eterno, que habla en su profunda intimidad con Abraham, le ha prometido a éste un hijo y su correspondiente descendencia. Habido el hijo, Abraham lo ama. Y, en un momento, el Eterno le pide su sacrificio. En todo momento Abraham mantiene su fe. ¿En qué consiste esta? Al menos, en atender, confiar y obedecer, sin entender, al Dios. Cuando Abraham va a descargar el cuchillo sobre su hijo, Dios lo llama y le manda no matar al muchacho, porque ahora ya sabe que tiene fe. Había sido una prueba de su fe, prueba del Dios. Que requería la decisión y acción de Abraham. Éste vio entonces un carnero apresado por los cuernos en un matorral y lo sacrificó en lugar de su hijo.

Cambiamos de mundo. Y hagamos lo propio con el sacrificio de Ifigenia:

Un adivino declara en nombre de los dioses que para que se propicien los vientos y pueda salir la flota griega rumbo a la guerra de Troya, los dioses exigen el sacrificio de Ifigenia, la hija del rey Agamenón, jefe del ejército. Éste acepta. Lo sucedido oscila, entre los poetas diversos. Según algunos, el rey duda. Según otros, ejecuta el sacrificio. Según otros, ejecutado el sacrificio, un dios se lleva a Ifigenia y deja en el ara, sacrificada, una cierva.

Entre uno y otro sacrificio, el de Abraham y el de Agamenón — cada uno con todas las oscilaciones y dudas de sus relatores e intérpretes a lo largo de sus historias— tenemos —y tendremos en lo que sigue, con no menos oscilaciones por nuestra parte— tenemos el sacrificio de toros bravos de la fiesta. El cual queremos medir, interpretar, iluminar y si acaso oscurecer, enfrentándolo a los otros dos. Citándolos a los dos, podríamos decir taurinamente, y templándolos. Por lo menos.

Tenemos aquí, pues, tres sacrificios.

En dos de ellos, Abraham e Ifigenia, interviene, y los inicia, la divinidad; la religión, por tanto. En el otro, la fiesta taurina, no. Al menos, lo consideraremos aquí laica y mundanamente.

No interviene en la fiesta la divinidad, pero sí, y mucho, una de las puertas, o ventanas, del más allá: la muerte, el límite de la vida. Como interviene en los dos anteriores sacrificios religiosos. Pero... yo diría que interviene en la fiesta más, mucho más que en ellos, en más planos y desde más intervenciones.

En aquéllos se trata de la muerte de los sacrificados, de las víctimas, o dones: el hijo de Abraham e Ifigenia. Eso es lo que la divinidad... exige. Pero en la fiesta se trata, además, de la posible muerte del ejecutor del sacrificio, del torero. Porque la ejecución **debe tener peligro**, de herida o de muerte, del torero y toreros. Y junto al peligro, debe haber posibilidades de iniciativa y de respuesta, de lucha, de presencia en su ser natural por parte de la primera víctima, del toro, posibilidades en las que éste desarrolle su vitalidad propia. Y todo eso lo exige... la fiesta.

Quizá nadie en la fiesta haya oído una exigencia divina en forma de voces... misteriosas, pero claramente articuladas e inteligibles, en cierto momento... como tampoco yo creo que Abraham o el adivino tuvieron que sentir, físicamente, ni siquiera como alucinación, la exigencia, así verbalizada, de la divinidad. Pero cualquiera que reflexione sobre la fiesta siente, y defiende, la correspondiente exigencia de peligro. Reconoce con claridad que la fiesta debe implicar ese peligro de muerte.

Así que en la fiesta hay un espejeo, un reflejo de la buscada muerte del toro en la posible, mientras se busca, muerte del torero. Hasta el final. Y es el final precisamente, el momento de matar, el más peligroso y crucial.

Era el planteamiento inicial de estas especulaciones ser un pensamiento oscilante que proyecte los dos sacrificios, el de Abraham y el de Ifige-

nia, sobre la fiesta, para tratar de entenderla, iluminarla, dijimos, y oscurecerla, en sus variadas posibles dimensiones, matices e implicaciones como sacrificio. Pero lo dicho en los cuatro párrafos anteriores cambia ese planteamiento inicial. La diferencia de la fiesta con los demás sacrificios, por algo tan importante como la participación de la muerte en ellos, hace a nuestro método oscilar en otra dimensión más. Pues no sólo se tratará de proyectar Abraham e Ifigenia sobre la fiesta, sino ahora también ésta sobre aquéllos... para aportarles luz, sombra, entendimiento y dimensiones igualmente, añadiéndose así a la larga tradición histórica de interpretaciones de aquellos sacrificios, clásicos y paradigmáticos.

Sombras de la muerte sobre el ejecutor del sacrificio

Proyectada, pues, la posible, pero esencialmente presente, muerte del ejecutor y ejecutores del sacrificio, en el de Abraham... nos preguntamos: ¿está, en éste, esa negra nube, cernida sobre el acto?

Sí, claro. Lo está, desde que, llamado, y obedeciendo Abraham la sagrada llamada, sale una madrugada camino de la tierra de Moriah... con su hijo, la exigida víctima y don, con sus mozos, con la leña, y el cuchillo...

Lo está igual que lo está en la fiesta: decidida, por el diestro, por su vocación, y por la cita concreta, en la ocasión acordada, con empresarios y público. Y sale el diestro al paseíllo con su cuadrilla.

Camino de Moriah... está, cernida la negra nube: está el peligro de dudar Abraham, de la llamada y de su escucha —¿oyó bien? ¿lo está, o se está, engañando?— peligro constante; y el peligro de renunciar a ejecutar el sacrificio exigido, con la ruptura de su confianza en el Dios, que ahora eso exige, y quizá la ruptura del largo pacto establecido entre ambos. También está el peligro de esas dudas y sospechas por parte de la víctima, de Isaac, que no ha sido él llamado, ni tiene establecido

pacto sagrado alguno con el Dios, tan sólo el deber de confiar y honrar y amar a su padre, exigido en la educación recibida, deber que, naturalmente, en cualquier momento puede ser transgredido. También está el peligro de que sus mozos ayudantes duden, se rebelen y transgredan sus deberes de servicio. Y otros peligros, quizá. Quizá no claramente de muerte, pero algunos, de algo peor que la muerte. Sobre todo para el ejecutor del sacrificio.

¿Y... sobre el puerto de Áulide, donde la flota convocada y reunida por Agamenón para invadir Troya espera, impotente, al viento propicio, se cierne peligro alguno?

Sí, claro. Y en la medida en que la cuestión es pública, los peligros se multiplican: Sobre el apelado ejecutor, Agamenón, sobre el que pesa la exigencia divina de matar a su hija, víctima y don. Peligros sobre ella, Ifigenia. Sobre la madre, Clitemnestra, que jamás olvidará esa traición del padre a sus deberes paternos y provocará tragedias encadenadas y muertes sin claros límites. Sobre Aquiles, al que, para liar la cosa, distraer responsabilidades y repartir desdichas, lo han comprometido a casarse con la víctima. Sobre el ejército todo, que espera el viento para marchar sobre Troya... Y sobre todo un laberinto de tramas semejantes que los poetas y las tradiciones han ido añadiendo en sus oscilaciones a lo largo de los tiempos... Todos, están llenos de peligros y muertes que acechan la ejecución del sacrificio exigido. Y de hecho, las tramas desarrolladas por los poetas y las tradiciones, contienen toda variedad de cambios de decisión de los personajes, de artimañas... artimañas de los mortales; que, por si no hubiera bastante con éstos, también intervienen los dioses, las fuerzas trascendentes, con las suyas propias.

Sí que muchísimos peligros, de desgracias y de muerte, se abaten ahí sobre el ejecutor y los demás implicados.

Pero en la fiesta, la muerte y sus sombras para el ejecutor, en lugar de estar tan dispersos y diversificados como en Áulide, están clara, clarísimamente determinados, centrados y figurados. Incluso plásticamente, desde la misma apertura del toril. Y, en seguida. Están determinados: En los dos cuchillos. Enhiestos como dos luces, de las astas del toro. Sobre el que todos, toreros y espectadores, echan sus miradas escrutadoras e interrogadoras. Ya ellos, las astas, serán toda la corrida los protagonistas... O unos protagonistas principales, en cada momento. Y, junto a ellos, detrás, el cuello, los costillares, las patas... el trapío, en suma, de todo el animal... el morrillo y la cruz, a donde debe llegar el acero y donde debe ser sacrificado.

Tras las astas, todo ese animal... estudiado, apreciado y venerado... rápido, preciso, ágil... pero sobre todo, bravo, más o menos bravo, que acude y si aparece un peligro ataca. Y nada le parecerá tan peligroso, como el que le aparece como ejecutor del sacrificio, el que aparece para matarlo.

Todo su natural, su temperamento, su astucia, sus facultades, son empleadas en el empleo de las astas. Son ellas su arma. Son ellas las que deben librarlo del peligro y matar al matador.

Pero... ese peligro del toro está sujeto a... digamos, la ley.

Todo lo que lo rodea y lo ha rodeado al toro, antes, toda su vida, es fruto de toda una historia que, desde la caza y la guerra, y la caballería, las cortes y las cortesías, pasando, muy especialmente por el humanismo y, después, la ilustración y el siglo de las luces, lo somete a leyes, a reglamentos, a costumbres, a usos y maneras, que conducen y protegen, tanto el peligro y la muerte, justa, de la víctima, como el peligro, justo, del ejecutor y ejecutores del sacrificio.

Porque en la fiesta se trata de sacrificar a un animal que fieramente se opone a su sacrificio y más ataca al que pretenda sacrificarlo.

Y como el peligro de la vida del ejecutor está centrado... y figurado... en las astas del toro, la ley que conduce ambos peligros, espejeados, de víctima y de ejecutor, está claramente... figurada... En dos imágenes:

Primero, en la arena y el redondel, lugar idóneo de corrida, lugar de correr —como corren las esferas en el firmamento—, pues es corriendo como el toro ataca y como el torero se defiende, cita, y ataca a su vez. En el movimiento.

Y segundo, en el traje de luces; que viene del siglo de las luces, que expresa y figura la ley que ciñe al torero y a la que el torero debe ajustarse.

Y así, arena, traje y ley conducen y velan por el espejeo, y simetría, del sacrificio, entre la víctima y el ejecutor, de los peligros de uno y de otro. Que el ejecutor de la muerte debe tener peligro de muerte. Los dos deben matar al que puede, y pretende, matarle. Y así, hasta el momento en que el matador se entregue al toro —a veces incluso echándose sobre y entre los cuernos— para llegar a la cruz donde hundir el acero hacia el corazón del sacrificado.

Lo que en los sacrificios clásicos son los laberintos de las amenazas y tramas de posibilidades de desgracias y de muerte sobre el ejecutor e implicados, en la fiesta están concentrados todos en las astas, la arena y el traje de luces con toda la herencia de la ley.

La ética y el héroe

Y abre Kierkegaard la puerta a la gran distinción... entre el sacrificio de Abraham, el que conduce a la fe, y el otro, el de Ifigenia, el del héroe trágico, clásico. Y la abre, entrando en cierto espacio: la dimensión ética.

Lo ético, dice, es lo general, lo de todos, y válido para todos, en todo momento. No tiene nada fuera de sí. Su fin, sus fines, está, están, en sí mismo.

El individuo tiene su fin en lo ético, en lo general. Y su tarea ética es superar su individualidad para convertirse en lo general. Si, al contrario, quiere hacerse valer en su individualidad frente a lo general, peca, transgrede. Y sólo reconociéndolo puede volver a reconciliarse con lo general.

El héroe trágico, como Agamenón, está plenamente en lo ético, es su terreno. El héroe trágico completa su obra en un determinado momento del tiempo. En él concentra lo ético. Y tiene su resguardo en lo general.

El adivino ha dictado la ley divina, y el padre debe sacrificar a su hija. Debe renunciar a sí mismo, por el bien común, por lo general. Lo exterior. Y cuando la noticia se extienda, el pueblo entero lo admirará. Y merece sus lágrimas.

La fiesta entra de lleno, como el sacrificio trágico clásico, en el terreno de lo ético, de lo general.

Las imágenes que contienen, que antes vimos, los peligros simétricos de muerte en víctima y en ejecutor, contienen, figuran, asimismo ese terreno ético.

Vamos primero, al toro bravo y sus astas. En lo general. Y en lo individual.

Porque, no sólo para la ley. No sólo para la literatura. También para el torero, cuadrilla y espectadores, el animal, en la dehesa o en la plaza, no sólo es un individuo, distinto de cualquier otro. También, y sobre todo, es su especie: el toro, *bos primigenius taurus*, su especie, en general. Y si, en su tarea ética, supera su individualidad... supera sus querencias, sus vicios, miedos, rencores, inhibiciones y defectos, supera su mansedumbre... para convertirse en lo general —un «lo general» no definido, y siempre en evolución, que conforma lo que suele llamarse «el toro bravo y noble»—, entonces, es reconocido y admirado y felicitado y agradecido, como héroe trágico, quizá indultado y curado.

Pero si no supera su individualidad, ha, en el sentido ético aquí apuntado, pecado. Y así es reconocido. No por él mismo, no lo sé, sino por el torero, el público, la crítica. Y así se alcanza cierta reconciliación, con lo general. Con la idea del toro bravo, que en ese rechazo del que no la ha satisfecho, la idea se construye y reconstruye.

Pero ya vimos el espejeo y simetrías de la fiesta. Ese peligro, individual y general, del toro y sus astas, es en la fiesta... al mismo tiempo, en sí mismo, por ello mismo y por principio... es también y sobre todo, la víctima.

(Asimismo esa simetría de peligros sucede en otros sacrificios mitológicos griegos, como el de la Medusa, o el del Minotauro, éste más cercano a la fiesta. Cuyos análisis nos ahorramos aquí).

Como víctima: El toro, comparado con Ifigenia, víctima, tiene un papel de iniciativa muy superior en el terreno ético. Ifigenia es pasiva. Nada espera el sacrificio decretado por los dioses de ella, más que ser sacrificada. Ella es, está, en lo general. Por decreto, por ley.

Como víctima, comparada con el hijo de Abraham, Isaac, lo mismo. Éste es pasivo. Incluso ignora su sacrificio. Como Ifigenia, es, y está, en el centro de lo general por designio divino.

Las posibilidades de dudas, artimañas e incumplimientos de lo decretado, de «pecado» ético por querer hacer valer su individualidad frente a lo general, tanto por parte de Ifigenia o de Isaac, a lo cual más arriba he aludido, están. Pero son muy pequeñas. Los papeles de estas víctimas en la historia son, como he dicho, pasivos y de hecho no transgreden el cumplimiento ético de lo general, su sacrificio.

En cambio, la víctima de la fiesta, no. Es un sujeto, ético. Y si «lo general» es —como acabamos de apuntar más arriba— comportarse con bravura y nobleza, como viene decretado y decretándose por la historia y su ley, cabe que se comporte así, heroicamente... y también —como antes apuntamos— que no lo haga, que use sus querencias,

vicios, mansedumbre... defectos, de su individualidad para apartarse, y pecar, y transgredir «lo general».

Analizando, como estamos, lo ético en la fiesta, volvamos a los peligros de muerte, simétricos, en víctima y ejecutor. Ahora, vamos al ejecutor, el torero.

Simétricamente, como el toro, el torero es un sujeto, ético. Y «lo general» está marcado, por la ley; escrita y no escrita, manifestada en las decisiones de la presidencia de la plaza, en el público, en la literatura, escrita y oral... apuntando, incierta, cambiantemente, a lo que entre todos se va considerando un comportamiento bravo y noble por parte del torero. Si supera su individualidad y se convierte en eso «general», será un héroe. Pero, como sujeto ético que es, por muchísimas razones, puede que el torero decida transgredir eso «general». Y entonces, lo general, lo heroico, no se habrá cumplido.

Vimos antes que este peligro de muerte en la fiesta está conducido y regulado en su simetría por la ley. Historia, costumbres, leyes, reglamentos... ley oral, ley escrita y ley... ideal, que va haciéndose.

La presencia e intervención esencial de la ley en la fiesta pone en ella por completo lo ético y su dimensión. La ley es, o marca, o apunta, a lo general. La fiesta, lo hemos visto, está regida por lo general, lo ético. Transgresiones y heroicidades. Cada uno en su medida, de todos los intervinientes.

Ley, figurada, como vimos, en sus dos imágenes:

El ruedo, la arena.

¿Y algo hay que exprese más lo general, el orbe, que el redondel y el albero, fósil marino? Diríase que del cenit de los cielos cae el acero a la cruz del toro como una aguja, en las faenas heroicas que han cumplido la ley y alcanzado «lo general».

Y el traje de luces.

Como las togas, puñetas, birretes y pelucas en los jueces y abogados figuran la ley de la que en un juicio se trata, es en la fiesta el traje de luces, ajustado a la actividad de correr y mover los brazos ágilmente, el que figura la larga historia de la ley... en sus sedas, bordados, montera, borlas, castañeta, etc., que ciñen al torero.

La fe en los límites del pensamiento

Ha trazado Kierkegaard las líneas de la ética en el héroe trágico, para situar luego, frente a ellas, al «caballero de la fe», como caracteriza a Abraham.

Y desde esas líneas traza las líneas... o los espacios, tiempos y suspensiones... de... un tipo especial del pensamiento, de pensamiento en los límites, especulando en ellos, desde ellos, o quizá ya trascendiéndolos... quizá más allá de ellos, pero al alcance del ser humano.

Y vamos a asomarnos ahí, y a ver, frente a él, la fiesta.

Si el pensamiento ético es proyectarse hacia lo general, y en él tiene el individuo su fin, y su tarea ética es superar su individualidad para convertirse en lo general, en la fe el individuo como individuo es superior a lo general, porque después de haber estado subordinado a lo general como individuo, deviene ahora, se convierte, mediante lo general, en el individuo que como individuo está por encima.

Pues el individuo como individuo se encuentra en una relación absoluta con lo absoluto.

¡Caramba, aquí aparece algo nuevo, «lo absoluto», que creo que es lo que marca los límites! ¡Que parece que estamos aquí ya... especulando en ellos!

Se accede a la fe a través de una paradoja, inaccesible al pensamiento, dice Kierkegaard. La paradoja es la puerta al absoluto. Pues, desde el pensamiento, que nos llevó a la ética, y —siguiendo el orden lógico— a lo general, estamos aquí ahora en lo absurdo, pues es

absurdo precisamente que el individuo sea, como individuo, superior a lo general.

La paradoja es como un dibujo lógico, un razonamiento, que nos lleva, por su hilo, a una contradicción, un absurdo. Absurdo que se salva, se evita, añadiéndole otro u otros pensamientos, en principio desconocidos, silenciados... que vienen ¿de ese más allá... del consciente? ¿de...?

El individuo, después de haber estado subordinado a lo general como individuo, deviene ahora, mediante lo general, el individuo que como individuo está por encima. Repito.

Y entonces, el individuo como individuo se encuentra en una relación absoluta con lo absoluto. Y es el absoluto, inaccesible al pensamiento, el que justifica al individuo, no por ser lo general sino por ser el individuo.

A Abraham lo absoluto le ha prometido y dado un hijo que le dará descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar, hijo que ahora le pide sacrificar. Absurdo. ¿Quién lo entiende?

Abraham no es un héroe trágico. El héroe trágico renuncia a sí mismo para expresar lo general. Abraham, el caballero de la fe, renuncia a lo general para llegar a ser el individuo. Y el absoluto lo justifica. Inexplicable. Si no es este el caso, Abraham, que ha suspendido lo ético, no es tampoco un héroe trágico sino un asesino.

Debatiendo con toreros y aficionados a la fiesta, en algunos momentos del razonamiento después de una corrida, han dicho...

—¡Es fe! ¡Sin fe, no se explica!

Es decir, no se explica.

¿Es esa una frase más o menos hecha, dicha superficialmente? En ese momento, cuando esto oí, yo estaba considerando y estudiando

Temor y temblor, y tomé por mi cuenta esa frase como una justificación precisa.

La fiesta y el torero, que, como antes hemos visto, entran en el círculo de lo ético y lo general, renunciando a sí mismo el torero para expresar lo general, es decir, lo heroico, ¿deviene él, en un momento, mediante y sobre lo general, el individuo que como individuo está por encima?

Absurdo. ¿Quién lo entiende? Y entendido que es absurdo ¿quién entendería que entonces se podría creer?

Cuando Abraham sale de su casa camino del sacrificio ¿quién lo entendería? Cuando el torero sale de su casa camino del ruedo para ir a matar un toro, o toros, bravos en su ser de toros, de bravos, y por la ley... cuando los toreros se saludan antes de iniciar el paseíllo, cuando el matador levanta el estoque para echarse sobre el toro y alcanzar la cruz... ¿quién lo entiende?

Ni él. Pero lo ha decidido. Y aunque familia, compañeros, y afición lo sepa —lo general lo sepa— o diga saberlo, es una empresa puramente privada. El héroe trágico es grande por su virtud moral. Abraham, y el matador, por pura virtud personal.

La afición dice saberlo. Pero si fuera la afición la que requiere el sacrificio de uno de sus miembros, sólo tendríamos un héroe trágico. En cuanto el diestro ha entrado en la paradoja y su absurdo, no sale de la paradoja, no entra en la idea de afición, ni se debe a la afición. No sale de la paradoja. Y debe encontrar en ésta su gloria, o su perdición.

—Cada vez que me despido de mi mujer y de mis hijos para ir al ruedo... —me llegó a decir el torero— ¡es amor!, pienso. Y es así una y otra vez. ¡Es amor, por el toro!... ¡Me llama!

Amor por una especie y por cada individuo.

El amor es un sentimiento, y decisión, y destino... mucho es... El cual entra y pasa, con todo, por lo general y lo ético.

Agamenón ama a Ifigenia, como buen padre. Ella es «lo que más ama», dice un poeta. Por eso su sacrificio, con todo su dolor, en aras de lo general, el bien común, es heroico.

Abraham ama a Isaac. El Eterno le pide sacrificar «al que amas», le dice. Es esa, además, la primera vez que se menciona el amor en la Biblia.

Éticamente, la relación entre Abraham e Isaac consiste simplemente en que el padre debe amar al hijo más que a sí mismo. Y no hay mayor expresión de lo ético en la vida de Abraham.

¿Y por qué suspende, transgrede, lo ético y va a matar a su amado hijo? ¿Lo ha poseído un demonio?

No es por amor a su pueblo, lo general.

Antes de suspender lo ético, dice Kierkegaard, el caballero de la fe llega, antes, a ser «caballero de la resignación infinita».

Como tal, debe amar a Isaac con toda su alma, y sólo así lo puede sacrificar, pues es ese amor el que en virtud de su paradójica oposición con su amor por Dios, convierte su asesinato en sacrificio.

Pues suspende lo ético y entra en la fe por amor al Eterno Dios, que le ha hablado, en una relación íntima, privada.

Dios, lo absoluto, es aquel que exige amor absoluto.

Y la fe es siempre absoluto aislamiento.

En la fiesta, el vínculo de paternidad y parentesco, que rige y vehicula el amor en el sacrificio heroico y en el de la fe, está aquí, en el cuidado y cría del toro, en todo su trapío y detalles corporales y comportamentales, dentro de su árbol genealógico, cuidado, cruces de encastes y crías, a través de madres y criterios ganaderos, durante y a través de años y siglos, profundo parentesco.

Cuidado y cría de individuos concretos, cada uno con su nombre propio, y cada uno con una vida con lugares y fechas.

Los ganaderos primero, y el diestro que se va a enfrentar e intentará matar al individuo después, contemplan todo eso, con pruebas, tientas, dehesas, corrales, y consideraciones, atisbos e intuiciones más o menos profundas o detenidas. Lo mismo el aficionado, el verdadero y buen aficionado, ante los toros guardados en los corrales o finalmente en la plaza desde que el toril se abre. Y todo ello sucede y fluye entre el amor, cada vez, a la casta y a la presunta víctima, al individuo.

El amor, se dice, es justicia y firmeza. Y ese amor no impide el juicio constante que ganaderos, diestro, presidencia (autoridad legal) y aficionados ejercen sobre la presunta víctima, sus características, su bravura y validez o no, para el sacrificio. Si no es considerado válido, es retirado del sacrificio festivo.

Pero en la fiesta, dijimos, hay, y debe haber, un cierto espejeo. Es esencial. También el matador puede ser matado. La posibilidad de ser él el sacrificado y el toro el matador, existe. Y se cuida de que exista.

El toro, conducido por ganaderos y por la ley, lo ético, a la arena, ¿renuncia a sí mismo, heroicamente, para expresar lo general?

No está allí por esa renuncia. Pero... ante la asechanza, enarbola sus astas y ataca, decide sacrificar, o al menos herir o matar. No renuncia a sí mismo. Es bravo, y sigue su naturaleza. Pero... al ser herido, y burlado, sigue sin renunciar a sí mismo, ataca. Y conforme más herido, y más peligro de muerte, más decide atacar. Sí, es heroico, por expresar lo general, la bravura.

Pero su heroicidad entra en la contradicción y el absurdo... ¿de la fe? Pues le lleva a renunciar a sí mismo, no a su bravura, pero, al obedecer a ésta —embistiendo, a veces, al torero que enfrente le alza el acero que quizá ya ha probado—, renuncia a su propia vida.

¿Y amor? ¿Hay amor en el toro como posible ejecutor del sacrificio, hacia el torero, posible víctima?

Los seres no humanos tienen su intimidad protegida y velada para los hombres por su carencia de lenguaje humano.

No sólo los sentimientos, también las decisiones, los destinos del amor, son expresados por el lenguaje humano. Y también (y yo diría que aún más), por el lenguaje del comportamiento. Y el comportamiento del toro en algunas faenas —«a cada paso que daba, se me saltaban las lágrimas», contó el torero Rafael el Gallo— puede llegar a expresar... ese regusto en su recorrido, esa claridad y determinación en su arrancada, esa suave ligazón, animada, excitante, esa alegría gloriosa a pesar de, y junto al, esfuerzo y al dolor... todo eso que... impulsa al diestro en ocasiones, si puede, y cuando pueda, a acariciar al toro o a besarlo.

Fe, fiesta y silencio

El toro, dije, tiene su intimidad velada en el silencio. Pidió Pepe Hillo —que fue por cierto matado en lidia por un toro— silencio a los espectadores, para no distraer. Y con cierta frecuencia, por difícil que parezca, ese silencio, en ciertos momentos, se hace.

También Kierkegaard, que escribió lo que estamos aquí leyendo con el nombre de Johannes de Silentio, asigna al poeta el deber de cantar al héroe, pero que de la fe, sólo debe, y puede, escucharse el silencio. Pues ¿qué puede decirse de la paradoja y del absurdo?

La indigencia y la angustia son la única justificación que se puede pensar. Aunque no en general, si estamos en la paradoja. En la fe estamos en la más profunda intimidad. Personal. Privada. No se puede hablar de ella por más que se quisiese. Y el silencio tendría su único fundamento en que como individuo se está en una relación absoluta con lo absoluto.

Kierkegaard, o De Silentio, encuentra el silencio de la fe al distinguir... de lo ético, lo estético.

En lo ético, lo «general» es precisamente la mediación, entre todo lo que lo «general» comprende. Y lo estético, como, más allá, lo es la fe, son ambos, estético y fe, la inmediatez.

La emoción, lo estético y el silencio de la fiesta son cantados por Bergamín en *La música callada del toreo*.

Por cierto, Ortega y Gasset, en sus bocetos históricos del toreo, se refiere a la ejecución artística de la lidia... pero avisa de que en la fiesta el arte y lo estético, es «superfluo si el motivo que lo fundamenta no se justifica». Que puede ser una distracción vana del verdadero sentido de la fiesta.

La fiesta y su sacrificio no es sólo estética, sino algo más allá. La historia de enhebrar la inmediatez estética con ese más allá que la fundamente jalona toda la historia de la fiesta... la historia de las ganaderías, de los toreros, de los escritores taurinos, y de la afición toda.

No hay en el héroe clásico, no hay en Agamenón, silencio. Desde que el adivino proclama el sacrificio de Ifigenia, todo es horror y canto, dolor y lágrimas.

Desde que lo absoluto le pide, en la intimidad, inmediata, a Abraham el sacrificio de Isaac, Abraham sigue los pasos de la fe en silencio, sin decir nada ni a la madre de la víctima, Sara, participe con él del pacto de descendencia con el Eterno. Ni a la propia víctima. Ni a nadie.

Lo ético exigiría decirlo.

Lo estético permitiría el silencio si éste pudiera salvar a un otro. Pero no entiende que el sacrificio sea sólo por sí mismo y por el Eterno, no entiende que nadie sacrifique a otro por sí.

Abraham está en la paradoja. Y lo sabe. Guarda silencio porque no puede hacerse comprensible. Luchar consigo mismo es terrible. Los indecibles suspiros atormentan.

Si, conmovido su corazón, intentase el consuelo, ¿acaso no le diría a él Sara, o Isaac: «Por qué quieres hacerlo. Puedes dejarlo estar»? Y si en su indigencia quisiera desahogarse y abrazara todo lo que le era querido antes de dar el último paso, el terrible resultado quizá fuera que se escandalizasen de él y creyeran que era un hipócrita. No puede hablar, porque de hacerlo, no hablaría ningún lenguaje humano.

Algo dice, sin embargo. Preguntado por la víctima dónde estaba la víctima del sacrificio, responde «Dios proveerá». No era una falsedad. En virtud del absurdo, cualquier cosa podría suceder.

Se puede entender a Abraham. Pero sólo de la manera en que se entiende la paradoja.

De ésta, de la fe, dice Johannes de Silentio, no se puede hablar. Y sin embargo él habla. O hace que habla. Y todo su texto, *Temor y temblor*, o mucho de él, es, según él, silencio.

La ética, la ley que rige casi toda la fiesta como comprende la arena entre las tablas del ruedo, exige hablar, expresarse y argumentar, por mor de la comunicación. Exige normativas, sanciones, trofeos, penalizaciones, críticas... argumentos, fundamentaciones, análisis, indagaciones... exclamaciones, vítores, pitos, vituperios... Todo lo cual puede estar lleno de sentido, de muchos, sentidos, sinsentidos, verdades, falsedades, elocuencias, y todas las características del lenguaje humano. Sumamente interesante. Útil. Ético. Justo.

Pero para el que cree que la fiesta llega a ser en algunos momentos y aspectos una cuestión de fe, las razones, cuando entran en los terrenos de la fe —la fe del torero, la de los ganaderos, de los aficionados... si acaso, la fe de los inciertísimos y velados terrenos... mente, costumbres, historia... la fe del toro—, no tienen conclusión fehaciente ni discurso entendible. Y para la fe, son todas silencio.

Es entonces, quizá, como se ha dicho en semejantes situaciones, mejor callar. Pero aunque se aparente hablar y razonar, a veces por cortesía, el caballero de la fe sabe que todo es, lo repito, silencio. Como el presente texto.

En otra de sus obras, *Diario de un seductor*, en la que describe, analiza y narra la seducción (engañosa conquista sexual) de una inocente adolescente, Kierkegaard acaba con una fábula en poscripto: Conquistada y conseguida la víctima, dice el narrador... «haría con ella lo que hizo Neptuno con una ninfa: trasformarla en hombre».

Usaré ese recurso en nuestro tema, con otra fábula: Si el diestro se ha sentido llamado al sacrificio de aquél, pariente al que ama, al que más ama, y responde y obedece a la llamada con la fe: Conseguido y culminado el sacrificio, el Eterno, en ese mismo instante... transforma a la víctima sacrificada en toro.

BIBLIOGRAFÍA

Bergamín, José, *La música callada del toreo*, Ediciones Turner, primera edición, Madrid, 1981.

Biblia, Génesis 22, 1-19.

Eurípides, *Ifigenia en Áulide*.

Ifigenia en Táuride.

González Alcázar, Felipe y Ferreiro Lavedán, Isabel, ed., *Notas de trabajo de la carpeta Toros. Primera parte*, Revista de Estudios Orteguianos, nº 21, Noviembre, Madrid, 2010.

Kierkegaard, Søren, *Diario de un seductor*, edición original en danés, 1843, traducción de Valentín de Pedro, Editorial Fontamara, México, 1998.

——— *Temor y temblor*, edición original en danés, 1843, traducción de Darío González y Óscar Parceró, Editorial Trotta, Madrid, 2019.

Ortega, Domingo, *El arte del toreo*, con anejo de José Ortega y Gasset, primera edición, Revista de Occidente, Madrid, 1950. Reedición, Quites, Diputación Provincial de Valencia, 1985.